



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

El Tepozteco en llamas. Los Halcones que protegen al cerro

Helena Mateos

El cerro del Tepozteco, inconfundible referente territorial de Tepoztlán desde la época prehispánica, es el célebre recinto de uno de los sitios arqueológicos más insólitos de nuestro país. Protagonista de antiguos relatos, sigue siendo hasta nuestros días un personaje central. Generaciones de campesinos, durante siglos, han visto en ese cerro a un poderoso guardián de la comunidad, de manera que cuidarlo, ofrendarlo, ha sido un deber imperioso a fin de mantener lejos y bajo control los peligros del mundo. Sabemos que los cerros fueron sujetos de culto, y el Tepozteco no fue la excepción. Hoy pareciera que aquella atención al cerro es cosa del pasado, y que la comunidad de Tepoztlán tiene ya otras prioridades. Sin embargo Helena Mateos, residente de Tepoztlán, nos brinda un valioso testimonio, que hemos decidido dar a conocer aquí en *El Tlacuache*, de cómo el cuidado y atención para con el poderoso Tepozteco, entre otros cerros, sigue siendo algo prioritario, sobre todo para una singular comunidad tepozteca que ha asumido con los años, la enorme responsabilidad de combatir y contener los frecuentes incendios, que año con año amenazan este cerro. En su labor, acumulación de experiencia y conocimientos, esta comunidad ha encontrado que no cualquiera puede dirigirse a las llamas sin antes pedir permiso a la Tierra y al poderoso cerro.

Israel Lazcarro Salgado

Coincidiendo con el comienzo del famoso Carnaval, un incendio asedió las laderas del "Cerro de los Corredores", en Tepoztlán. Desde hace pocos meses soy vecina de ese imponente cerro y conozco sus senderos, así que decidí subir a ayudar a los equipos de extinción de incendios, llevarles algo de agua, disponirme para cualquiera de sus necesidades. Subí corriendo las escarpadas laderas imaginando todo tipo de situaciones al llegar a mi destino, pero nunca lo que me esperaba en el incendio: un señor de unos 80 años, con sus dos perros, huaraches y un machete combatía el fuego junto con sus nietas, en la veintena, armadas únicamente con un pico y una pala. Llovían ramas ardiendo, rocas y todo tipo de materiales, sólidos e incandescentes, desde la cima, donde el incendio devoraba hectáreas de terreno. Ninguno de los que trabajaban en sofocarlo disponía de un casco, ropa de seguridad, herramienta adecuada. Tampoco tenían agua. Como nunca he sofocado un incendio, bajé corriendo a conseguirles algo para tomar y refrescarse mientras trataban de contener el fuego que les caía de la cima y que amenazaba con extenderse a residencias cercanas. Uno no es consciente del peligro cuando la adrenalina toma presencia. Supongo que el amor al cerro nos hizo a todos no pensar mucho en ello y, simplemente, sofocar allá donde el fuego se extendía. Poco a poco, la zona fue quedando contenida, y, poco a poco, fueron llegando más voluntarios y dos miembros de Protección Civil. Conseguimos ser 8 en total, todos enfrascados, entre risas nerviosas, anécdotas y lluvia de fuego y piedras, en contener las llamas que, ansiosas, devoraban raudas el matorral, muy seco en esta época del año. Caía la noche y no disponíamos de lámparas. Quedó aparentemente contenido y yo me retiré de la zona, acrecentando mi nerviosismo, mi miedo y mi estupor



según descendía en soledad del cerro, como cada día, pero completamente diferente esta vez: comenzaba a tomar consciencia del peligro al que me había enfrentado al haber subido a sofocar el incendio. Pensé en mi familia y se me hizo un nudo en el estómago, pero también me di cuenta de que bajé sola, pues ellos, a oscuras y sin alimento, siguieron noche y día trabajando en sofocar el fuego. Aún así, aunque seguían allá arriba arriesgando sus vidas, recibí un mensaje de su líder, Fermín Villamín, dándome las gracias por mi ayuda. Mientras leía el mensaje y respiraba aire libre de humo, allá abajo, en el centro de Tepoztlán, la fiesta carnalera seguía impasible, con su música y sus cohetes.

Dos días después otro incendio apareció en el conocido cerro del Tepozteco, coronado por sus impresionantes pirámides. Yo andaba rondando la zona y me enteré por el rugido de los helicópteros. He de confesar que no me sorprendió cuando supe que esos helicópteros venían al rescate de varios heridos y dos ya fallecidos. El nudo en el estómago creció, pues había visto las condiciones en las que los grupos y voluntarios trabajaban. Pero allí seguían y poco podía hacerse. Fermín Villamil Romero es el líder de un grupo cívico forestal llamado "Los Halcones", en Tepoztlán. Éste fue conformado hace más de 30 años por su padre, Genaro Villamil García -el anciano que sofocaba el incendio con sus huaraches y sus perros- y conocido anteriormente como los "Cacomixtle", nombre que ya se dio de baja para dejar paso al actual. Hoy en día cuenta con 25 personas que, de manera voluntaria, cuidan el cerro. Cada uno de ellos dedica el tiempo libre que les deja sus trabajos a labores muy diferentes, entre las que se incluyen el rescate y asistencia de turistas, limpieza y cuidado de los cerros, asistencia a los cuerpos de Policía y Protección Civil y extinción de incendios. No sólo en los cerros, sino también en residencias privadas, donde han salvado varias vidas y arriesgado otras pocas. En ocasiones han llegado a perder sus trabajos por salir corriendo a sofocar un incendio en el cerro. Pero como todos coinciden en afirmar, "el cerro es más importante, ya encontraremos otro trabajo".

No tienen equipo especializado. No tienen cascos, trajes especiales, botas o lámparas; no tienen cuerdas, ni conocimientos de primeros auxilios certificados. Sólo cuentan con tres radios, mucha voluntad y amor a su tierra. Decía Fermín Villamil que el amor al cerro se lo inculcó su abuela, su "mami", Soledad Sandoval Beyo, quien, desde niño le enseñó la importancia de la vida que contienen y la necesidad de cuidarlo ante quienes lo maltratan. Así es cómo, día tras día, están cuidando, pendientes de que la naturaleza no sufra las consecuencias de la imprudencia de muchos, demasiado extendida, por desgracia y que sólo en esta ocasión se ha cobrado tres vidas humanas y dejado maltrechas otras. A veces, cuando hay incendio, algunas personas les donan herramientas para que continúen su trabajo. Pero no cuentan con apoyo económico para lograr

lo imprescindible: equipo que de alguna manera, garantice su seguridad en esta importante labor.

En todos los años que llevan extinguiendo incendios (sólo el año pasado sofocaron más de 54), no son pocas las experiencias que este grupo ha vivido. Varios de ellos han tenido accidentes, como es el caso de Silvano Villamil, hermano de Fermín, quien hace años cayó a un pozo lleno de rescoldo de un incendio anterior. Su cuerpo se quemó y quedó en silla de ruedas, pero como él mismo dice, un año después *"volvió a nacer"*, volvió a caminar, y, caminando, siguió sofocando incendios. Entre sus historias, muchas de ellas refieren a la vida que habita en los cerros. Todos coinciden en experiencias inexplicables. Me contaba el propio Silvano, así como Miguel Ortiz, que en una ocasión en el monte grande, en el paraje Soxio rumbo a la Ciudad de México, vieron una mujer vestida de blanco que caminaba sobre las llamas. No es ésa la única experiencia del corte: han llegado a ver niños, animales, personas, caminando aparentemente entre las llamas, sin ninguna explicación posible. Incluso este mismo 3 de marzo, en el Tepozteco, de nuevo vieron a esa misteriosa figura vestida de blanco que deambulaba entre las llamas, rápida e imposible, apareciendo y desapareciendo súbitamente. Muchos han tenido la tentación de introducirse en el fuego con el fin de ayudar a estas apariciones, de salvar lo que el fuego les muestra como una vida en peligro. Pero, como explica Fermín, no son reales y él, como cabeza del grupo, tiene que contener en muchas ocasiones a sus miembros más jóvenes para que no salgan en busca de las mismas. Dice él que el fuego carga con un espíritu malvado, con *Lucifer*, y que son las manos de él mismo quienes ponen esas figuras ahí para que, quienes luchan contra él, vayan en su busca y resulten muertos en el proceso. No es más que una *trampa del fuego*. Pero sólo la experiencia es capaz de detectar esas trampas.

En otras ocasiones las llamas les han perseguido de manera inexplicable, allá por donde huían de ellas, allá se aparecían. Como si supieran, como si pensarán. Es por ello que necesitan permiso. Contaba Fermín: *"cada que subimos pedimos permiso para que la tierra nos cuide y nos guíe en las entradas y salidas. Llevo en ello la memoria de mi abuela Soledad Sandoval, quien me enseñó este ritual, me enseñó a pedir permiso a la madre Tierra, porque todos tenemos que llegar a ella. Siempre prestamos apoyo para sofocar incendios en lugares incluso lejanos, lugares que no conocemos. Pero, pidiendo permiso, la misma naturaleza nos ha guiado siempre por el buen camino"*.

Tampoco el viento está tranquilo. En muchas ocasiones da sorpresas, voltea,



cambia súbito y es entonces cuando hay que correr. Sólo hay entonces una manera de sobrevivir: confiar en el grupo, en el equipo, poner la vida en manos de el de al lado. Así, juntos, sonríen mientras se miran: al final son una pequeña célula que, muy unida, pelea apenas con sus manos contra un peligro enorme.

El accidente del Tepozteco

El pasado tres de marzo las llamas sorprendieron a varios voluntarios y miembros de otro grupo cívico, Protección Ambiental, cobrándose a la fecha tres vidas y dejando a un cuarto malherido en el hospital. Fue alrededor de las dos de la tarde, mientras se encontraban sofocando un nuevo incendio que, pocas horas antes, hizo aparición en el conocido cerro Tepozteco. Sentada con los Halcones, platico pero casi no quieren hablar de ello. Se quedan serios, callados, meditan. No fue una experiencia agradable.

Tres de los integrantes del Grupo Halcón fueron a ayudar a las personas atrapadas en el fuego. Era una zona escarpada que, aparentemente ya había sido controlada, pero eran pocos y el incendio devora con rapidez la maleza seca. Fidel Carranza Ríos, Omar Pérez Arredondo y Miguel Ortiz Rivera se encontraron con el dantesco espectáculo de personas quemadas. Fue Miguel Ortiz quien pudo salvar a su propio sobrino, Abraham, quien actualmente permanece grave en la Ciudad de México. Cuenta Miguel:

"En realidad nosotros estábamos en esa parte y quedó contenida, así que, como el fuego estaba por encima, tuvimos que dejarla y subir a sofocarlo. Fue en cuestión de segundos. No sabemos por qué bajaron, sólo vimos que nos hicieron señas de que se habían caído. Mi sobrino, Abraham, me comentó que se paró en una piedra y que ésta se había desprendido. Yo fui el tercero en llegar, hicimos una parihuela improvisada con nuestras camisas y logramos sacarlo. Me quemé la mano izquierda, y de los demás no sé nada porque me quedé calmado a mi sobrino en lo que llegaban los equipos de emergencia. Él está muy quemado. Al fin llegó un helicóptero y se lo llevó a la ciudad, pero sus tenis allá siguen, en el cerro".

Miguel, mueve su gorra con nerviosismo mientras lo relata. Todos estamos serios. Es muy reciente. Y Abraham sigue grave. Fermín Villamil toma la palabra para romper el silencio. Me dice que los jóvenes están asustados y que él no quiere que piensen mucho en el accidente pues el miedo puede hacer aún más peligrosa su labor. Él llamó a Cuernavaca pidiendo auxilio y por suerte llegó pronto el helicóptero. Pero todos tienen miedo al recordar el accidente. Ese día llegaron los Halcones los primeros al incendio. Sólo contaban con diez elementos y once voluntarios. Cuando llegaron, unos jóvenes de la escuela de bachilleres les ofrecieron su ayuda, pero Fermín se negó: son personas sin experiencia, muchachos que pondrían su vida en peligro. "Hay muchas maneras de ayudar", afirma el líder Halcón, "y una de ellas es no yendo a las llamas si no se las conoce, pues entonces nosotros tenemos que socorrer a esas personas en lugar de sofocar

el fuego". No creen que haya que buscar al culpable, pues como repite Fermín Villamil: "Hay un culpable. ¿Quién es? No lo sabemos. ¿Dónde vive? No podremos saberlo. Así que todos debemos invertir ese dolor y coraje ante la tragedia en mejorar nuestras circunstancias y poder apagar los incendios de una manera más segura para que esto no vuelva a suceder".

Y es que son muchas las voces que, indignadas, se han alzado ante el accidente del tres de marzo. Muchos buscan cabezas de turco, otros fumadores inconscientes, incendiarios desprevenidos, etc. Pero nada de ello quiere el grupo Halcón. Es por ello que "Cómo mejorar" fue mi pregunta central. Confieso que nunca había visto gente dotada con tan poco equipo, ser capaz de extinguir hectáreas de fuego descontrolado. Supongo que es la experiencia la que dota a las personas de la capacidad de hacer lo imposible a los ojos del de fuera.

Ellos se sonríen. Me miran y me dicen "hace falta mucho. Lo primero es que la gente que visita Tepoztlán y los propios tepoztecos tomen consciencia de la importancia de cuidar nuestros cerros. Una colilla de cigarro mal apagada puede acabar con la vida que habita en ellos y con las de las personas que acudimos a sofocarlos".

Hay muchas maneras de apoyar en un incendio: llevar agua, comida, y suministros a los que lo están sofocando. Eso es mucho más útil que subir sin experiencia. Y

siempre hay que ser humilde ante el cerro y confiar en lo que nos dictan los que saben, los Halcones. Ellos hacen del cerro su casa y de sus veredas sus pasillos. Ellos saben por dónde vendrá el fuego y cómo huir de él en caso de que la vida peligre. Pues, como siempre repite Fermín Villamil: "mejor que se quemé otro poquito a que nos quememos nosotros". Sonríen e imaginan. Describen brigadas contra incendios con cuerdas, cascos, trajes especializados, agua, conocimientos en primeros auxilios. Se imaginan a sí mismos con todo ese equipo y lo que podrían hacer. Y ni siquiera es tanto. Es sólo lo imprescindible lo que piden, pero no les ha sido concedido hasta la fecha. Por ello insisten en la importancia de que se les done equipo necesario.

Y es que son pocos los que trabajan en la labor de cuidar este patrimonio que es la naturaleza, en cuyo seno anidan tesoros del pasado que año tras año peligran con motivo de los incendios. Ellos no quieren que este accidente genere rabia, sino movimiento. Que sirva la vida de sus compañeros para evitar más pérdidas a futuro. Que la gente apoye, que reconozca la importancia de la naturaleza, que todos cuidemos. Así sería más fácil.

Y, curiosamente, no piden lo imposible.

PARA SABER MÁS. <https://www.facebook.com/halcones.detepoztlan?fref=ts>

Apuntes sobre un ave mítica: el colibrí en

México

Biól. Christopher Martínez Reynoso

En nuestro país, al igual que gran parte de América, un grupo de aves ha atraído especial atención, por su diminuto tamaño, el colorido de su plumaje, la velocidad de sus aleteos o por las propiedades mágicas que se le atribuyen. Son conocidos popularmente como "chuparmirtos", "chuparrosas", o "picaflor". Estas pequeñas aves hermosas en ocasiones visitan nuestros jardines. Se encuentran agrupados dentro de la familia *Trochilidae*, la cual es exclusiva del continente americano. Existen alrededor de 350 especies de colibríes descritas, las cuales se encuentran distribuidas desde Alaska hasta la Tierra de Fuego incluyendo las Antillas caribeñas, la mayor diversidad de especies se encuentra en la región tropical. Por ejemplo, en el Ecuador existen 163 especies, 135 en Colombia, 57 en México, 51 en Costa Rica, 19 en el Caribe y solamente cuatro en Canadá. Se les puede encontrar desde el nivel del mar hasta los picos más altos de las montañas, como en la Región Andina del Ecuador, donde se tienen registros a los 4 500 msnm. Habitan en gran diversidad de ambientes: selvas húmedas, bosques templados, las zonas costeras, los desiertos y algunas dentro de las ciudades. Sin embargo, muchas de estas aves solamente se encuentran en áreas geográficas muy limitadas. La especie de tamaño más reducido es el colibrí zunzuncito o elfo de las abejas (*Mellisuga helenae*), que con su pico y cola mide apenas unos seis centímetros; esta variedad habita en Cuba, pero está en vías de extinción. La especie más grande, el colibrí gigante (*Patagona gigas*), mide unos 25 cm., vive desde Argentina y Chile hasta Colombia. Estas hermosas aves, que en ocasiones

nos sorprenden por las mañanas, poseen características únicas en el mundo de la ornitología. Tienen un ritmo cardíaco muy acelerado: pueden emitir hasta 21 latidos por segundo. Su plumaje es muy vistoso, multicolor e iridiscente, tienen gamas de colores que se funden entre sí con tonos azules, violetas, fucsias, rojos, anaranjados, verdes, celestes, turquesas o rosados, que brillan con mayor o menor intensidad según el ángulo de incidencia de la luz. El pescuezo de los machos es frecuentemente rojo brillante, azul o verde esmeralda; una característica especial de los colibríes es el pico, que es distinto en cada una de las especies y generalmente su longitud es casi igual a la longitud de su cuerpo; muchos tienen el pico recto pero también hay especies que tienen el pico curvo (la forma del pico depende de la forma de la planta que visitan para alimentarse). Los colibríes se alimentan casi exclusivamente del néctar de las flores, del cual obtienen las calorías; las proteínas se adquieren de diminutos insectos, los alimentos se obtienen mediante el pico y las lenguas largas protractiles y pegajosas.

Por ejemplo, los colibríes que se alimentan del néctar de las heliconias, poseen el pico curvo. Estos pájaros han desarrollado un sistema único de vuelo, que los diferencia de otros, pues pareciera que el colibrí no se detiene nunca, su vuelo es muy parecido al de los insectos: es vuelo vibrátil. Este tipo de vuelo les permite mantenerse estáticos en el aire, volar hacia arriba o hacia abajo, o volar hacia atrás; se considera que pueden mover sus alas a unos 78 ciclos por segundo durante un vuelo regular y, aproximadamente, más de 200 veces por segundo cuando aletea mientras succiona el néctar; pueden volar hasta 200 veces su longitud por segundo. Pueden vivir hasta doce años aunque muchos viven sólo de 3 a 5 años.

La fecundación ocurre en el aire pero, para despertar el interés de la hembra, el colibrí macho realiza una danza. Después de que las hembras han sido fecundadas, comienzan con la construcción de un pequeño nido hecho de tela de araña, algodón, diminutas hojas y ramas, líquen o musgo. El nido es construido en un arbusto de poca altura. La hembra pone dos huevos en un período de dos días y los empolla durante 14 a 19 días. Luego, los colibríes alimentan a sus hijos durante unas tres a cuatro semanas. La hembra va al nido en este tiempo hasta 140 veces al día para alimentar a sus crías. Estas hermosas y pequeñas aves, se encuentran en muchos aspectos de la cultura popular y forman parte esencial de la cosmovisión de los pueblos originarios de América. Están presentes en numerosos cuentos, mitos y leyendas indígenas de América, por lo que también aparecen abundantemente en el arte precolombino.

Una leyenda peruana cuenta que el colibrí es de buena suerte porque es el único que ha visto a Dios y ha hablado con él; otra dice que dos jóvenes que pertenecían a tribus enemigas se enamoraron, y la Luna les ayudó para que estuvieran juntos en algún momento, cuando él convertido en colibrí, la reconociera a ella, convertida en flor; también se cuenta que el Sol y la Luna se enamoraron, y entonces él se transformó en colibrí para poder acercarse a ella.

Es quizá la representación más conocida, el gigantesco colibrí presente en el desierto de las pampas de Nazca en la costa sur del Perú. Mide unos 70 metros y es sólo visible desde el aire. Sus creadores, la cultura Nazca (Siglo I-VII d.C.) también han dejado representaciones de distintos picaflor, en la cerámica, al igual que sus contemporáneos, la Cultura Mochica de la costa norte. Además aparece en el arte orfebre de las culturas ecuatorianas, colombianas, centroamericanas y mexicanas. En México hay también, una muy antigua leyenda, que cuenta que el colibrí, un pajarillo cenizo y feo, al ver la sequía que azotaba a la tierra, decidió emprender el vuelo para buscar a los dioses y pedirle el favor de la lluvia. Viajó en busca de Tláloc, Ehecatl, Coatlicue, Atl... y así hasta lograr que entre todos trajeran de vuelta las aguas a su cauce. Cuando, después de tanto vuelo y tanto luchar, volvió a casa, todos los habitantes lo recibieron agradecidos, y en pago a su gran fuerza de voluntad, le regalaron plumas de todos los colores, convirtiéndolo en una de las aves más hermosas.

Sus enigmáticas características lo han convertido en un complejo símbolo que





entrelaza rasgos bélicos y cualidades amorosas. La cultura mexicana abrazó la belleza del colibrí y le dotó un significado. El primer encuentro registrado se señala desde la búsqueda de la tierra prometida donde la leyenda de los aztecas menciona "... y después de los días de lluvias sigan a los pequeños rayos del sol tomando de su pequeña lanza la miel de las flores...ellos, huitzilín hijos de Huitzilopochtli llevarán hasta el águila sobre el nopal devorando a la serpiente" Huitzilín o huitzil es el nombre en náhuatl del colibrí y fue un animal sagrado para los antiguos aztecas, quienes consideraban gemelo, y en otros caso hijo, del dios de la guerra Huitzilopochtli (Colibrí del Sur o Colibrí Zurdo en náhuatl), nombre compuesto de la siguiente manera: *Huitzili* - "colibrí", y *Opochtli* que significa "lado izquierdo". La deidad, representada en los códices con una armadura brillante a base de oro puro y un gran penacho en el cual llevaba colgado al colibrí dentro de una flor en forma de una campana o dentro de un tulipán significando vida y alimento, mantuvo su apoyo a la civilización azteca y permitió el crecimiento de su imperio. De acuerdo a esta cosmovisión, los guerreros que morían en batalla o como parte de un rito de sacrificio, regresaban a la tierra al cabo de cuatro días convertidos en colibríes o mariposas y acompañaban al Sol desde el amanecer hasta el mediodía. El *huitzilín* o *huitzitzilín* (colibrí en náhuatl), casi siempre se aprecia absorbiendo el néctar de una flor (por lo que también es conocido como chupaflor). Es por eso que suele relacionarse con el ataque de los enemigos pero también con el enamoramiento. Ya sea que el colibrí sea culpable de pinchar nuestro corazón para enamorarnos o matarnos, lo cierto es que es un ave cautivadora. Para la cultura maya es conocido como *tzunuun* o *dzunnuun*. Por lo que respecta al náhuatl, el nombre varía de acuerdo a los colores: se le llama *quetzaluitzilín* a los que presentan colores oscuros con verde metálico en la espalda y la cola; *tleuitzilín* al que tiene rojo cobrizo brillante en el cuello y otras partes del cuerpo. En zapoteco sucede algo similar pues se distingue entre el *piquijñi pèyo*, y el *piquijñi pèyo-láo*.

En el libro del Chilam Balam de Chumayel, encontramos que el colibrí se denomina como la derivación de un nombre náhuatl: *pizlimtec*, el cual proviene de *Piltzintecuhtli*, el Sol joven (nombre también de Xochipilli, divinidad mexicana de la música, el canto, las flores y plantas alucinógenas), y se presenta como el padre del Sol de la época actual del universo, que lo engendra cuando se acababa de reestructurar la tierra después de un cataclismo cósmico. Esto coincide con el Popol Vuh, donde el actual astro solar aparece después de la creación de los hombres de maíz "Y bajó *Pizlimtec*, el de los huesos verdes, al pie de la flor, y el que es Eterno (el dios creador celeste) lo transformó en colibrí, y entonces chupó la miel de la flor, de la flor de los nueve pétalos, hasta lo más adentro de ella. Y entonces tomó por esposa a la flor vacía, y salió el espíritu de la flor a vagar. Cuando se abrió el cáliz de esta flor, el Sol estaba dentro, y en medio de ella se leía su nombre. Y sucedió que suspiraron llenos de deseo los Trece dioses". También se cree que los mayas lo consideraron una manifestación del Sol en la tierra, y al igual que los aztecas, encarnación de las almas de los guerreros muertos sacrificados.

Los mayas cuentan que los dioses crearon todas las cosas de la Tierra. Y a cada animal, a cada árbol y a cada piedra le encargaron un trabajo. Pero, cuando ya habían terminado, notaron que no había nadie encargado de llevar los deseos y

los pensamientos de un lado a otro. Como ya no tenían barro ni maíz para hacer otro animal, tomaron una piedra de jade y tallaron una flecha. Era una flecha muy chiquita. Cuando estuvo lista, soplaron sobre ella y la flechita salió volando. Ya no era una flechita, porque estaba viva. Los dioses, habían hecho un colibrí. Era tan frágil y tan ligero el colibrí que podía acercarse a las flores más delicadas sin mover uno solo de sus pétalos. Sus plumas brillaban bajo el sol como gotas de lluvia y reflejaban todos los colores. Entonces los hombres trataron de atrapar al pájaro precioso para adornarse con sus plumitas. Los dioses se enojaron y ordenaron: "si alguien lo atrapa, el colibrí morirá". Por eso, nunca nadie ha visto un colibrí en una jaula ni en la mano de un hombre. Así, el misterioso y delicado pajarillo puede hacer tranquilo su trabajo: llevar de aquí para allá los pensamientos de los hombres. Si te desean un bien, él te trae el deseo; si te desean un mal, él también te lo trae.

En la cultura purhépecha el colibrí aparece también en una leyenda propia de Paracho: "Las almas de una joven sacerdotisa (*Tsintsini*) y de un cazador (*Kwanikoti*) se habían unido en un amor tan puro como la fragancia de las flores. Una tarde, al caminar *Tsintsini* por el bosque, su amor la esperaba para ofrecerle la más bella flor y ayudarla a llevar el agua a su casa. Esa tarde estaban todavía los enamorados diciéndose palabras de amor, cuando el Sol llegó al horizonte y se ocultó tras una nube rosada. De pronto, con angustia, *Tsintsini* se dio cuenta de que no había ido a la fuente para llenar su cántaro vacío. Se arrodilló y llena de lágrimas, dirigió una oración a dios para que le permitiera descubrir agua en las cercanías y sus padres no se disgustaran. La súplica fue humilde y sincera, y mientras estaba todavía de rodillas, un pequeño y hermoso colibrí se levantó del centro de un ramo de flores.

Los ojos de *Tsintsini* siguieron los movimientos del pájaro sagrado de sus ancestros. Sabía que a todas las criaturas vivas, aun a los pequeños pájaros y a los insectos y que a toda planta los dioses les habían dado algo único —un instinto especial—, una habilidad, una melodía, una fragancia, que los demás no tenían. Y el colibrí había recibido una ligereza asombrosa, una gracia serena y un colorido brillante y cambiante. La ligera ave guió sus ojos nuevamente hacia las flores. En ese instante, los últimos rayos del padre Sol atravesaron la cortina de la nube y le dejaron ver unas gotas de agua que brillaron como diamantes que caían de las plumas de la ensortijada ave al levantar el vuelo. Era el signo que *Tsintsini* pedía. Separó las flores y contempló las profundidades de un bello manantial hasta entonces desconocido. Llenó su cántaro y regresó a su casa. Sus padres se sorprendieron al ver lo lleno que venía su cántaro. El colibrí es considerado un animal de poder, esos espíritus que nos protegen. Debe ser por toda esta magia, colmada de tradición, que el colibrí simboliza tanta cosa buena. La capital del Imperio Tarasco o Purhépecha fue *Tzintzuntzan* que proviene de los términos *tsintsun-*, radical extendida de *tsintsuni* o *sinsuni*, "colibrí"; *-tza-*, partícula interpolada que significa rapidez; y, *-an*, sufijo determinativo de lugar. Así pues dicha capital que se conoció también como *Huitzitzilan*, que en náhuatl significa "lugar abundante en colibríes", traduciendo este nombre del purhépecha *Tzintzuntzan*, cuyo significado propuesto es justamente "Donde está el colibrí". Fue el lugar donde se concentró el poder económico y político de un dilatado "reino" indígena, contemporáneo y paralelo al mexicana.

Los colibríes tienen una gran importancia biológica, es uno de los grupos que merece especial atención por su papel ecológico: son polinizadores, prevén un servicio esencial para los ecosistemas que deriva en el entrecruzamiento y reproducción sexual. Por esta característica debemos de tomar en cuenta que la polinización es un proceso que implica directamente a distintas especies (de plantas y polinizadores), y que estas interacciones planta-polinizador resultan indispensables para el buen funcionamiento de los ecosistemas terrestres e influyen directamente en la variabilidad genética de los organismos. Tampoco debemos olvidar que el resultado de la reproducción sexual de más del 90% de las especies de plantas con flores en el planeta, es la producción de semillas y frutos, que además de facilitar la propagación y supervivencia de las distintas especies vegetales, constituyen a su vez el alimento de muchos otros animales, incluidos nosotros, los seres humanos. Se estima que durante el siglo próximo cerca del 15 % de las especies de colibríes se habrán extinguido ocasionando consecuencias importantes en la polinización de plantas, afectando sus poblaciones y la dinámica de las comunidades vegetales. Por esto es necesario el entendimiento racional de los colibríes y sus interacciones con el medio ya que su posible extinción ha sido y puede verse afectada por factores antropogénicos (Sekercioglu et al 2004). Todas las especies de colibríes están consideradas por la Convención Internacional sobre el Tráfico de Especies Amenazadas (CITES) como restringidas en su tráfico. Dentro del margen de las actividades de la 5a Conferencia de las Partes en el Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) celebrado en Kenia, en el año 2000, se estableció: "La Iniciativa internacional para la conservación y el uso sostenible de los polinizadores" como una iniciativa transversal en el marco de su labor sobre la biodiversidad agrícola. Encontramos que en México, según CONABIO, varias especies de colibríes con distribución restringida o rareza numérica encuentran amenazada su sobrevivencia.

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado
Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx